

# Lo Abstracto fue al Encuentro de Lorenzo Domínguez por la Senda de lo Primitivo

por VICTOR DELHEZ

(Especial para LOS ANDES)

Insertamos a continuación la primera parte de un trabajo, debido al grabador belga Victor Delhez, que versa sobre la personalidad del escultor Lorenzo Domínguez y cuya publicación, completaremos en una próxima edición.

Este artista nació en Chile el 15 de mayo de 1901. Cursó el bachillerato en el Instituto de Humanidades de Santiago e hizo dos años de medicina en la Universidad de Madrid. En la capital española estudió modelado con Juan Cristóbal y talla en piedra con Emilio Barral. De regreso a su patria fue profesor de Bellas Artes de Santiago. Ganó diversos premios en Chile y sus obras y monumentos públicos figuran en museos, parques e instituciones del país trasandino y de la Argentina. De su desaparición se cumplirá un año el próximo sábado.

\*\*\*  
No es tan sólo la amistad casi treintañera que ha de dictar los conceptos a la memoria de Lorenzo Domínguez. Es también material probado del que se puede destilar esencias de admiración, de veneración, de cariño y de vida. Condensadas sobre la estatura gigante del artista, monumentalizado por la muerte, que sea a modo de tejido, de túnica o de amarra, sensible y asible para nuestra mano. Porque en las regiones que ahora habita, aún es nuestro.

Cuando, hace pocos meses el director de la Escuela Superior de Artes Plásticas se trasladó a Buenos Aires en busca del profesor que habría de reemplazar al maestro Domínguez, allí le dijeron que valor como aquel no lo hallaría en todo el continente. ¿Los consultados? Fioravanti, Bigatti, Baddi, Gertein, Payró, Romero Brest. Era el mismo argumento que había esgrimido en 1942 para obtener que la dirección del establecimiento me au-



"La señorita", yeso del artista chileno que trabajó y enseñó en Mendoza

hacerse un autorretrato: la inhibición del artista para hallar lo ya hallado o expresar lo ya expresado.

## La metáfora de su obra

Una tarde encontré a Lorenzo frente a una masa de barro ovalada, como formando una cabeza. Entre preocupado y jocoso me dijo que era su autorretrato, cosa no del todo evidente por cierto. Pocos días después estaba trabajando animadamente la misma masa de barro. Pero ahora tenía apariencia de mujer, de hermosa mujer. Encontré en estas formas sucesivas de una misma escultura, la metáfora de toda su obra: sobre el monumentalismo masculino, vertical, algo retórico, algo impersonal florecía la modulación femenina, horizontal y pictórica. Aquel busto iba a ser el de Clarita, su mujer. Cosas de genio y de hombre.

## El "Pequeño catálogo"

He tratado, en un grabado titulado "Pequeño catálogo reproduciendo 26 obras de Lorenzo Domínguez, insigne escultor. Arquitecturas alusivas: Rococó, Romano, Gótico, Moderno" retratar esta época feliz en la vida del artista, Surgían bustos, figuras, bajorrelieves. Crecían discípulos, amigos, ideas sobre vida y arte. Nacían hijos. Y Clarita asumía todo esto en su enamoramiento interminable: "largo sostenuto" de todas las latitudes de los zeros y de las cosas vividas.

Todo se hizo fuerte, silencioso e inmortal. Colateral al arte dinámico e inmóvil se levanta la vida cantable. Hay tres movimientos: una niña y dos varoncitos y más tarde la madre del escultor vino de Santiago a pasar sus últimos años en el hogar de su hijo. Muy religiosa ella, hubo de traer el toque supremo que consagró y liberó a todos los amores que se movían a su alrededor como torno a la última nacida. Iba a cumplir noventa años cuando un ligero soplo venido de la montaña, del llano o del cielo, extinguió la llamita entrañable. Cuando contemplé su pequeño rostro en el marco ovalado del féretro, no pude reprimir una sonrisa. Lorenzo me miró extraño; luego con un gesto asintió. Creo que él también sabía que detrás de las facciones viejas, de su madre, su última realidad de angel-niña, muy niña, sonreía.

En el "Pequeño catálogo", figura la piedra que Lorenzo quería que fuera puesta sobre el sepulcro de su madre y el suyo propio en cuanto estuviera listo él para esta última cita. Es el homenaje más conmovedor que hijo hiciera a su madre, a la madre. Figura de medio cuerpo, tiene los brazos pegados a los costados. Las manos cruzadas sobre el vientre sostienen una pequeña crucesita. El todo es como una campanita. Evoca el tintineo que acompaña la elevación del ser encarnado.

torizara ir a Santiago de Chile en pos del que durante más de 20 años hubo de ser el prestigio de nuestro instituto.

### El encuentro en Santiago

Yo lo había conocido en 1937 durante el romántico intermedio chileno después de mi removiada estada en la maravillosa Bolivia y antes de mis años más apacibles y definitivos en la Argentina. Me pareció al principio un hombre distante, turbulento, agresivo y violento en el ambiente sedante, algo reticente y disimulado de la Escuela de Bellas Artes cuya columnata señora sobre el Parque Forestal de Santiago. Sus ideas revolucionarias sobre arte y enseñanza (que yo poco compartía) vigorosas y "útiles", chocaban estrepitosamente con un medio que ante todo no conseguía hacerse a la dimensión poco perdonable del talento de aquel que las disparaba.

Un día al verlo entrar en su taller particular en el piso alto de la escuela, le rogué me mostrara su obra. Fue trasponer el umbral y quedarme deslumbrado por el esplendor y el vigor artístico. Fue cambiar unas frases conceptuales y quedarme subyugado por la fuerza de su personalidad. Y fue sentarme a tomar, en taza no excesivamente limpia y sin asa, un cafecito, platicando

despaciosamente, y ser de ahí en adelante adicto a la amplia y queda gentileza de su ánimo. El giro repentino que tomó mi opinión sobre Domínguez hizo que me fuera negado el metro cuadrado que ocupaba para grabar en el hueco de una ventana, que una pintora me había cedido en su taller; pero el escultor de inmediato me ofreció jubiloso, todo el suyo.

Un mismo día de otoño de 1938 Lorenzo y yo nos alejábamos de Santiago; el rumbo a España, ya hacia El Totoral, en Córdoba, de donde en 1940, la Universidad Nacional de Cuyo me extrajo para que creara y dirigiera el taller de grabado en su escuela de Artes Plásticas. En 1942 la cátedra de escultura quedó vacante y emprendí viaje a Santiago donde Lorenzo hacía ya más de un año se había reincorporado a la enseñanza. La noche anterior a mi llegada, un remezón sísmico había hecho desplomarse el barro de la gran estatua "Barcelona" con la que había querido sorprenderme. Pero ya estaba terminando la réplica reducida. Es aquella cuya reproducción está impresa en la tapa del libro de Romero Brest sobre Domínguez, y que grabé de fondo al retrato del maestro, en actitud de ejecutar una pequeña talla directa. Luego hubo tertulia que se fue ensanchando con la llegada de amigos de 1937: Bontá, Garafolli, Neruda, Pinillo, González etc. En las horas de la madrugada el grupo iba recorriendo portadas en el centro, en busca de la inscripción de un cierto Delhe que se había olvidado del hotel a donde había llegado el día anterior.

### Primeros meses mendocinos

Conservo la pequeña talla directa. Es testigo vivo de los primeros meses mendocinos de Lorenzo. Los pasó en mi casa, llenándola de puchos de incontables cigarrillos que quemaron cada uno su propio agujero en manteles, colchas y mesas; de polvo crujiente de sus tallas y la incontenible gracia española herencia materna fijada en largos años de estudio en España, donde frecuentó la Facultad de Medicina y el taller del célebre Baral.

De 12 a 16 visitaba diariamente su taller en el viejo y pintoresco edificio del Instituto donde sus obras parecían producir un nuevo eco de ambiente que no había emanado ni recibido antes. No quiere decir que el carácter pictórico de su escultura fue exclusivo. Si Domínguez hubiese vivido en otro continente es probable que lo hubiese llenado de monumentos. Creo empero que precisamente esta frustración pasiva y de orden puramente plástico la causa de que todo su poder monumentalista, del que fuera tan ampliamente dotado, se concentrara, se diferenciara y "agudizara" en la intimidad profunda y en la exaltada expresividad de toda su obra, particularmente en sus retratos. El concepto monumental, en algún sentido impersonal, incorpora así el mismo apasionado que el escultor desde su personalidad irradia sobre el modelo, quien lo refleja verazmente, henchido de su propia. Es el ritmo unido captado en la obra por medio de la hemifacialidad llevada hasta límite soportable. Lorenzo Domínguez ostentaba asombrosamente esta asimetría (que es en realidad una simetría dinámica entre mitades de cara relacionadas en común medida) en su rostro, que ajuja la indiferencia, y era el motivo de vívida atracción para los que le querían. Es probablemente por culpa de esta asimetría facial propia que jamás .